

MC_MANFRE_ARISTIDE

Cuando Arístide (sí, así sin “S” al final) Arias, llegó al pueblo y alquiló en la pensión de doña Benicia una de las piezas del fondo -que eran las más baratas- todos pensaron que era uno más de los tantos expulsados por el interior profundo de la provincia, que se lanzaban, en estas épocas de crisis, en busca de una mejor vida y que pasaban por el pueblo antes de dar el salto hacia alguna gran ciudad. Lo que era un poco particular, es que en ese momento, él ya debería andar mediando los cincuenta, una edad en que los “saltos” eran más duros, no sólo por lo que podía haber por delante, sino por todo aquello que sin dudas se dejaba atrás.

Recordaría doña Benicia las primeras palabras que intercambió con Arístide, y que en realidad no llamaron mucho su atención, las atribuyó a una falta de instrucción o rusticidad, muy típica de gente huraña con poco trato social debido al aislamiento, algo que había visto mucho en peones, arrieros, pastores e incluso en pequeños chacareros. De modo que cuando su futuro pensionista le preguntó **“¿cuánto cuesta cuarto con comida?”**, ella le brindó un extenso detalle con las características y los valores que podían aplicarse al desayuno, al almuerzo y a la cena, aclarándole que podía optar por las combinaciones que quisiera, a lo que Arístide contestó con un escueto **“Correcto. Contrato con cena”**.

Al poco tiempo todos se acostumbraron a verlo transitar las calles del pueblo, era de altura y contextura media. Buen porte, rasgos algo extraños, que hablaban sin duda de alguna cruce de gringo o gringa con algún habitante originario de estas tierras. El cabello era extremadamente rubio pero con textura aborigen, duro, imposible de peinar. Si se lo veía algún domingo en la misa, se notaba en ellos la rigidez impuesta por una abundante dosis de gomina.

Los ojos eran de un abismal azul y mirarlos a fondo era como caerse al cielo. Pero sus altos pómulos y su piel mate lo impedían y creaban confusión ante esa argamasa de genes.

Vestía como “gaucho cuando va al pueblo”. Bombachas, camisa, muchas veces con chaleco, alpargatas y en algunas ocasiones buenas botas. Se lo veía siempre con la ropa impecablemente limpia, así como su persona. Nadie recordaba haberlo visto ni una vez sin afeitarse.

También Don Porfirio aportó alguna vez su primer diálogo con Arístide. Se encontró con él, cuando estaba poniendo un cartel de venta en tres hectáreas que tenía lindando con la orilla del pueblo. Recordó que Arístide se paró ante el cartel, hizo un gesto de saludo con la mano y lanzó: **“Parcela prometedora” “Pueden plantarse preciosas plantas. Prosperarían primorosas” “¿Precio?”**

Don Porfirio le dijo el precio que a él le parecía justo. Era realmente buena tierra y estaba muy bien ubicada. No tardó en contestarle Arístide: **“Pactado pues”**.

A don Porfirio le gustó la determinación del comprador que no regateaba el precio menospreciando las cualidades de esa tierra. Le comentó que él era amigo de Morales, el escribano del pueblo y que no tenía ninguna duda de que les podía hacer un muy buen precio por el tramiterío y que era posible que les cobrara los honorarios en cuotas.

“Perfecto. Proceda pronto” dijo Arístide y se despidió estrechándole la mano.

Luego de la compra del campito, Arístide cambió un poco los hábitos que había llevado hasta ese momento. Se levantaba un poco más temprano. Tomaba mate por la mañana en su habitación, y partía hacia su terreno donde comía alguna cosita ligera. Aunque a veces paraba a almorzar en la fonda de don Cosme, sobre todo cuando anunciaba en la pizarra algún plato que le gustaba. Le enloquecía especialmente el guiso de lentejas.

Recordó don Cosme el primer elogio de Arístide: **“Las lentejas. Literalmente lujuriosas”** le dijo saboreándolas embelesado. Cuando Don Cosme le veía pasar el pan por el fondo del plato, ya sabía que debía llevarle otro.

Recordó también el elogio propinado al primer plato de mondongo que probó. **“Mondongo maravilloso. Mágicamente me memora mi morada. Mi madre. Mi mujer”** Y cuando acabó con él, tomó el plato y con la sonrisa de un niño brillando en sus ojos le pidió **“más”**.

Algunas veces se iba del pueblo un par de días, pero siempre le avisaba a doña Benicia para que no se preocupara.

En el campito, primero plantó un montón de árboles frutales: Naranjos, ciruelos, durazneros, nísperos, membrillos y un par de higueras en los extremos. No puso moreras **“Moras manchan mucho”** dijo cuando le hicieron notar su ausencia. Y también unos árboles de paltas. En el centro hizo construir un pequeño invernadero y se dedicó a las flores. Pero no cualquier flor. Orquídeas. Le trajeron ejemplares desde la capital y bajo su cuidado se convirtieron en verdaderas joyas de la naturaleza. No las vendía. Las regalaba. Así fueron engalanando la pensión de doña Benicia, la casa de don Porfirio, la fonda de don Cosme, la ferretería de don Peralta e incluso el puesto de diarios de don Marcial por donde pasaba cada mañana a comprar el periódico local que llevaba el ambicioso título de **“TU PUEBLO Y EL MUNDO”**.

Siempre había alguna de sus orquídeas presentes el día de algún bautismo o de una boda. Incluso aparecían adornando alguna tumba olvidada en el cementerio.

Su manera tan extraña de hablar, al principio causó un poco de gracia a todos, pero nadie le hizo mucho caso a esa **“pequeña extravagancia”**, como la llamaban.

Hablaba muy poco, una o dos palabras en cada ocasión. Saludaba con una educada inclinación de cabeza y algunas veces devolvía un **“Buenas”**, o sólo agregaba una frase referida al día o al clima: **“frio feroz”**, **“calor calcinante”**, **“Viento vertiginoso”** **“nubes negras”** y ante cualquier otra situación respondía con una o dos palabras o alguna frase corta.

No fue hasta un buen tiempo después de su llegada que doña Benicia recibió en su pensión a las dos hijas de Arístide que venían a visitarlo. Eran mellizas, Zulema y Zaira, se presentaron. Y fueron ellas, mientras bebían el té con buñuelitos, que su anfitriona ansiosa les había preparado, que le contaron la **“particularidad”** de su padre y que nadie había advertido.

“...No fue sino después de unas fiebres extremas -que lo atacaron a los ocho años- que tras recuperarse, comenzó a hablar de manera extraña. Cada día sólo pronunciaba palabras que comenzaban con una letra distinta. Cada día sólo decía o escribía con palabras que empezaban con esa letra y lo más asombroso es que día

a día la letra cambiaba siguiendo el orden del alfabeto. Como se habrá dado cuenta, nos anotó en el Registro Civil el día de la Zeta.

Con nuestra madre se conocían prácticamente desde su nacimiento. Sus padres y los padres de nuestro padre eran chacareros y sus tierras estaban pegadas. Crecieron y jugaron juntos desde que aprendieron a caminar. Iban a la misma escuela y después de las fiebres, mi madre, con sólo ocho años, se convirtió en su sombra. Su tutora. Su maestra. Su vida. Tomaba el diccionario y con una paciencia infinita comenzaba a leerle palabras que comenzaran con la letra del día. Le hacía llenar páginas con ellas (desarrolló una envidiable caligrafía). Le leía y le explicaba el significado de cada una. Los sinónimos. Los antónimos. Su “extraña enfermedad”, la cual nunca pudo ser explicada, no le impedía leer- siempre que lo hiciese sin hablar-. Le era imposible leer en voz alta. Su tesón y su inteligencia, hizo que sus maestras encontrasen un método para hacerlo pasar todos los años de grado. Preparaban, sólo para él, los exámenes con “opciones múltiples” para que optase por la respuesta correcta. Era brillante en matemáticas y geometría, ya que no debía escribir palabras. En geografía, le podían pedir que indicase en un mapa el río más insignificante o la montaña más pequeña y él la ubicaba sin dudar. También podían preguntar fechas de hechos históricos, tomaba una tiza y la escribía con números. Su memoria era prodigiosa. Por supuesto se casó con mamá. Eran una sola persona. Compraron un campito. Prosperaron con su esfuerzo. Compraron otros más y su vida transcurrió gratamente.

Cuando nosotras fuimos creciendo, nos preguntaban si la limitación de nuestro padre nos había creado alguna vergüenza o incomodidad en el día a día. Nos mirábamos y no entendíamos que querían decir. El A, B, C con el que crecimos fueron, **A**mor, **B**ondad, **C**ariño. ¿Vergüenza? ¿Incomodidad? ¿De qué hablaban?

Nos casamos, nacieron los nietos y papá y mamá continuaron en el campo pero se dedicaron más tiempo a disfrutarse. Fueron años muy felices para ellos, hasta que la muerte, sorpresivamente, atrapó a mamá y se quedó dormida entre sus flores que tanto amaba.

Papá no lo soportó. No soportaba ver nada de lo que lo rodeaba sin que la mirada de mamá también lo contemplase. Ordenó sus papeles y partió hacia cualquier lugar donde ella no estuviese presente.

Cada tanto viene un par de días a visitarnos, pero detrás de la sonrisa que le despliega a sus nietos, se esconde una tremenda tristeza que lo obliga a partir con prontitud...”

La noticia se expandió en el pueblo en menos tiempo en que una gota de tinta se esparce en un vaso de agua, hasta teñirlo por completo.

Uno podría creer que ante una “discapacidad”, ahora descubierta, cualquiera podría intentar forzar situaciones para que el “discapacitado” quede en evidencia, para que puedan prosperar así las mofas.

Pero no ocurrió eso. El pueblo. Todo el pueblo. Como si hubiese sido afectado por una fiebre o un virus tan misterioso e inexplicable como el que afectó a Arístide de niño, asumió, como una sola persona, hacerse cargo de su protección, construyendo a su alrededor una coraza, una muralla invisible, una verdadera barrera humana destinada a impedir cualquier alteración en la armonía de su vida. No hizo falta para ello ni proclamas, ni edictos, ni reglamentos. Surgió del interior de cada uno de los habitantes y cada uno de ellos lo puso en práctica lo mejor que pudo.

Fueron Lucila y Felicitas, las hermanas dueñas de la única librería del pueblo, las primeras en advertir un cambio. En dos meses tuvieron que hacer cuatro pedidos de diccionarios a la capital, porque se vendían todos y además, tres pedidos de unos anticuados manuales que recopilaban sinónimos, antónimos, parónimos y homónimos lexicales y gramaticales así como términos polisémicos.

La señorita Indalia Gómez Ortuzo, directora del colegio del pueblo, informó que el Ministerio de Educación Provincial, luego de una visita realizada por la Inspectora General de Escuelas, emitió un extenso informe destacando y no ahorrando ningún elogio referido a la excelencia alcanzada por todos los alumnos del pueblo en el manejo del castellano. Dicho informe finalizaba diciendo, “que desde que se llevaban registros, nunca se había visto algo así”.

El matutino “TU PUEBLO Y EL MUNDO”, comenzó a incluir en un pequeño y disimulado recuadro, junto a la fecha, la letra correspondiente al día de Arístide.

Doña Benicia y don Cosme acordaron qué ofrecer al mediodía y qué servir en la cena, para que no se repitiese el plato con la misma letra. Así, que si el día de la “R” al mediodía don Cosme ofrecía **ravioles**, a la noche doña Benicia tendría preparado **risoto**.

Todos, antes de salir de sus casas, tenían preparadas un par de frases construidas de forma tal que si se cruzaban con Arístide, este pudiese contestarlas con facilidad utilizando “su letra diaria”.

Misteriosamente. Inexplicablemente, con su accionar protector, cada uno comenzó a sentirse una mejor persona. Se convirtió en una mejor persona. Mejor padre, madre, hijo, hermano, vecino, alumno y maestro.

Y prosiguió, y prosiguió, y prosiguió alcanzando a todos los ámbitos del pueblo

En poco tiempo debieron cerrar el geriátrico local. Nadie quería desprenderse de sus ancianos.

No hubo más perros ni gatos abandonados, todos, pasaron a tener casa, cobijo y dueño.

El Comisario Ligerio Sandoval decidió finalmente jubilarse -estuvo al frente de la comisaría del pueblo por veinte años- y en un emotivo, sentido y último acto en funciones, dispuso los pases a distintas localidades de casi toda la plantilla de agentes. En el pueblo había desaparecido la violencia, los robos y los crímenes. Sólo un par de ellos quedaron, para la ejecución de funciones, casi exclusivamente administrativas, algún accidente involuntario de tránsito y cosas por el estilo.

Los Bomberos Voluntarios, habían tenido que dejar de aceptar exclusivamente “voluntarios” para bomberos y había creado listados de voluntarios para otras actividades como leerle o cuidar a los enfermos o ancianos, pasear mascotas, cuidar niños y cosas por el estilo. Y tenían una lista de espera que cubría al menos un par de años.

Los años fueron pasando. Fueron años especiales para todos. Buenos años...Hasta que la muerte, sorpresivamente, atrapó a Arístide y se quedó serenamente dormido entre sus flores que tanto amaba.

El escribano Morales, informó que hacía tiempo que Aristide había dejado en orden sus papeles y donado su campito al pueblo. Y ese campito se convirtió en el paseo de los domingos desplazando a la plaza municipal. Partían después de misa, como una verdadera peregrinación, las mujeres parloteando, los hombres despotricando por la política, la sequía o las lluvias y los chicos correteando.

Las orquídeas no pudieron prosperar sin la mano de Aristide, pero sus frutales y sus paltas rebosaban cada temporada. El pueblo, como una actividad más, organizaba los días de recolección y los dulces y mermeladas que se preparaban con ellos, incorporaron el nombre de Arístide en su denominación. Eran “la mermelada de naranja o de ciruelas o de duraznos o de higos de Aristide” “El dulce de membrillo de Aristide”, incluso en el menú de don Cosme, apareció el plato “Ensalada de Paltas de Aristide”.

En la entrada del campito, todos estuvieron de acuerdo en poner una placa para que no pudiesen olvidar la extraña y mágica metamorfosis que ese hombre había producido en cada uno de ellos. Nada pomposo. Sería algo íntimo, algo que sólo ellos reconocerían.

Así lo hicieron. Y sobre una hermosa y brillante plancha de mármol blanco aparecieron escritas, encolumnadas en dorado, todas las letras del abecedario.

Sólo la “A” formaba una palabra “ARISTIDE”.